

El Fin de los Tiempos, luz para el tiempo presente

Nos acercamos al fin del año litúrgico, que tendrá lugar el próximo domingo con la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, y la Palabra de Dios nos invita a reflexionar sobre el fin de los Tiempos. Puede parecernos, a primera vista, un tema lejano a nuestra vida, pero pensemos que este acontecimiento misterioso se nos anticipa de muchas maneras: la más obvia es el fin de nuestra vida, pero aun durante nuestra vida tenemos que enfrentar hechos que marcan el “fin”, a veces tan desafiantes que nos cuesta entrever la posibilidad de seguir adelante. La Palabra de Dios de estos días no es una invitación a especular sobre el futuro, sino que quiere enseñarnos cómo vivir hoy a la luz de este misterio.



El contexto inmediato del Evangelio de hoy es el fin del largo viaje de Jesús a Jerusalén, donde debe enfrentar la meta de su misión, la Pasión. Se percibe un “clima” muy especial: hay un mundo que está llegando a su fin, y hay otro, nuevo, que debe revelarse. Jesús

y sus discípulos están contemplando el Templo de Jerusalén (remodelado y ampliado por Herodes) y los discípulos hacen comentarios admirativos sobre la magnificencia de ese edificio, construido con costosísimos materiales y de dimensiones colosales. Pero esa admiración tiene un fuerte componente religioso: para los israelitas, el Templo de Jerusalén era considerado el centro del mundo, el lugar del verdadero culto y donde un día, como anunciaron los profetas, confluirían todas las naciones a glorificar al Dios de Israel.

Pero a los comentarios entusiasmados de sus seguidores, Jesús responde con palabras duras y terminantes: “De lo que ustedes ven, no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido”. El desconcierto de los discípulos ante una profecía de Jesús, de cuya realización no dudaban, habrá sido enorme. Tanto, que les era imposible imaginar semejante catástrofe sino como el fin del mundo. Es cierto que se trataba del tercer templo que había conocido Israel en su historia, pero con cada nuevo templo renacía tercamente la ilusión de su eternidad, que no es otra cosa, en el fondo, que la tentación de considerar este mundo como lo definitivo.

La ansiedad de los discípulos ante el anuncio de Jesús se refleja en una catarata de preguntas: ¿cuándo sucederá esto? ¿cómo será? ¿cuáles son los signos que lo precederán? Y podemos resumir la posterior enseñanza de Jesús en tres ideas fundamentales:

1) Jesús quiere ayudarlos a entender que sus preguntas son inconducentes. El fin de los tiempos no es un hecho más, del que se pueda brindar alguna información. Pero sí les advierte contra aquellos que vendrán dispuestos a brindar falsas respuestas y a manipular su ansiedad. Como sucede hoy con aquellos que vaticinan el fin del mundo en diferentes versiones (guerra atómica, pandemias, desastres ecológicos, etc.). No hay que escucharlos.

2) A continuación se refiere a los “signos” del fin: habrá guerras, revoluciones, hambres, pestes, catástrofes naturales, persecuciones... Nada que sea específico de una determinada época, sino los fenómenos que acompañan toda la historia humana. Entonces, ¿son signos de qué? De que este mundo, marcado por la fragilidad, la imperfección y el pecado, no puede ser lo definitivo. Este mundo debe pasar, y todo lo que hay en él también. Pero esa caducidad no es puro caos, forma parte del proyecto de Dios, en el cual todo tiene sentido, aunque no seamos capaces de percibirlo.



3) Por esta razón, la destrucción del Templo no sería el fin del mundo, ni tampoco una catástrofe absurda. Como meditamos el domingo pasado, con la expulsión de los mercaderes del Templo en el Evangelio según San Juan. El Templo, convertido en una “casa de comercio” debe pasar, pero Jesús “lo reconstruirá en tres días”: su Cuerpo Resucitado será el nuevo y definitivo Templo de Dios, donde se le ofrece el culto verdadero, del cual participamos en cada Eucaristía.

En resumen, el Fin de los Tiempos se refiere al desafío de vivir en un mundo que pasa, cómo enfrentar el “fin” que, de diferentes formas, nos sale al encuentro a lo largo de la vida. En el Evangelio de hoy, vemos la reacción de los discípulos ante el derrumbe de *su* mundo -que para ellos equivale al fin del mundo- ya que no pueden ver o imaginar cómo la historia puede continuar. Jesús los exhorta a no dejarse dominar por el pánico: aun sin el Templo, la vida debe seguir, y ellos tendrán una misión que cumplir. Incluso las persecuciones por parte de los judíos, los romanos y sus propias familias será la oportunidad para que den testimonio de su fe, asistidos por el Espíritu Santo.

Todos debemos pasar, seguramente más de una vez, por situaciones en las que sentimos que “el mundo se nos viene abajo” y nos parece imposible seguir adelante. La fe nos da la seguridad de que no estamos a merced del caos, sino en manos de la providencia de Dios, y que si Dios permite que aquello que hasta ahora identificamos como “nuestro” mundo pase, es porque está preparando algo nuevo, que tenemos q aprender a entrever y encarar con esperanza. La salida no es encerrarnos en la fantasía de que nada cambiará (como sucedía a los israelitas con su templo), sino tener el coraje necesario para seguir dando testimonio de nuestra fe en medio de este mundo que cambia y pasa. Ésta es “la perseverancia que salvará nuestras almas”.